

LAS TRAVESÍAS, LOS SUEÑOS Y LAS CIUDADES

Blanca Durañona

bduranona@yahoo.com.ar

A través de estos tres aspectos, procuraré relacionar algunos personajes con los temas y situaciones creadas por dos de los escritores españoles más representativos de la narrativa actual: Javier Marías y Enrique Vila- Matas.

Las Travesías

Es habitual hacer a veces cruces de lecturas, transversarlas, tal cual el sentido etimológico de la palabra travesía. Vamos creando itinerarios propios, que nos llevan de un escritor a otro, de una narración a otra, a veces deliberadamente y a veces al azar. A veces, uno se aparta de los carriles habituales, incursiona en otros y vuelve a territorios conocidos. Es decir, que la principal travesía será de índole literaria.

En la narrativa de Javier Marías, el protagonista de una de sus novelas, “Todas las almas” está en la ciudad de Oxford y comienza diciendo: ” Estar allí requiere mucha concentración y mucha paciencia.” Por cierto, está estudiando en la Universidad, y los que por allí pasan lo hacen de manera bastante estática. Consiste en “estar y no hacer o actuar, a pesar de que algunos colegas querían dar la impresión de continuo desplazamiento”. En cambio Will, el anciano portero del Instituto Tayloriana, protagoniza una travesía singular: cada mañana, sin moverse de su garita, atravesaba el tiempo. Suspendido cada vez en un año diferente, “viajando por el tiempo, adelante y atrás, a su voluntad, o quizá, sin su voluntad”, según el año al que su mente se trasladara, su rostro se mostraba ligeramente sombrío, si se hallaba en una mañana de 1942, con la población amenazada por los bombardeos, o bien reflejaba los altibajos de su vida personal. Los demás nunca podían saber en qué tramo de su inacabable trayecto se hallaba Will , aparentemente inmóvil tras los cristales de la garita de vigilancia.

En otra ocasión, al desencadenarse una tormenta, la contemplación de los transeúntes corriendo para refugiarse de la lluvia bajo los aleros de los negocios, despierta en Víctor Francés, el protagonista de “ Mañana en la batalla piensa en mí”, esta vez una imagen que describe una trayectoria en el tiempo: la de los que, treinta años

atrás, por esas mismas calles, huirían de igual manera de las bombas arrojadas por aviones contrarios, corriendo para refugiarse del ataque aéreo.

Y finalmente otro personaje, esta vez femenino, de uno de los cuentos de “Hijos sin hijos” de Vila- Matas , es quien, refiriéndose al itinerario de su vida, comenta: “A la travesía de mi vida la veo hecha en un barco a vela, en la infancia, más suspendida que nunca la obstinada navegación del tiempo.”

Siempre aparecerán a lo largo de este trabajo, como eslabones contiguos, visiones de sueños, ciudades transitadas, recuerdos de imágenes, inagotables hilos invisibles.

*“La historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir”*¹ Quien lo dice está realizando una travesía literaria en procura de recomponer una de las hazañas de Don Quijote, que ha quedado trunca, y no cejará en su búsqueda hasta completar el relato. Ese ejemplo de persistencia me sirvió para esta travesía por las narrativas de Javier Marías y Enrique Vila- Matas.

Las miradas

*“En los ojos se abren
infinitos senderos”*

García Lorca

Las miradas dibujan una trayectoria, salvan una distancia. El lenguaje de las miradas refuerza el carácter de los personajes de Javier Marías. “Me encontré con dos miradas”, recuerda el protagonista de “Todas las almas”, buscando refugio en medio de una cena en la que se siente acosado por miradas hostiles. El tiene una mirada “continental”, diferente a las de Inglaterra. “Cuando vino la última vez estaba fatal y lo vi ya muerto” recuerda el profesor Ryland, refiriéndose a un amigo del protagonista y un discípulo suyo, que se encuentra enfermo. Se refiere también a “la mirada velada” o a los “ojos hialinos”, a los ojos de colores y de miradas distintas del mismo Ryland. O bien dice el narrador: “Hasta deseaba que mi polla tuviese ojos, que tuviese visión y tuviese mirada para que pueda ver a la vez que se acerca o entra o ha entrado en su sexo”, cuando evoca la relación con Clara Bayes.

Vázquez Montalbán, al referirse al arte de Agustí Penadès, comenta:”De pronto el pintor se plantea conocer a otro nivel, como acercando el ojo a la lógica secreta de una

¹ “Don Quijote de la Mancha”, Primera parte, cap. IX.

realidad que sólo nos permite ver su epidermis”². Parecería equiparable a lo comentado por Sergio Rodríguez acerca de la perspectiva en el cuadro de Hans Holbein: en éste, titulado “Los embajadores” hay dos hombres, rodeados de una serie de elementos adecuados a la época y a su escala social. Delante de ellos, se ve un extraño manchón oblicuo; sin, embargo, al observar el cuadro desde otra perspectiva y distancia, podemos advertir, nítidamente, la presencia de una calavera, la que desde otro ángulo de observación, pasaría inadvertida. El cuadro, entonces, a pesar de ofrecer un retrato de lo cotidiano, advierte sobre la fugacidad de las circunstancias, y el destino último que nos aguarda. *“todo aparecerá según desde qué punto de vista se mire y veamos a los objetos mirarnos”*

Atiq Rahimi, director también de sus novelas llevadas al cine, tiene entonces toda autoridad cuando afirma en “Tierra y cenizas” *“Tu mirada sigue el rápido desfilarse de piedras y zarzas. No eres tú quien pasa revista, sino ellas quienes desfilan. Tú, no te mueves. Es la vida quien pasa.”*³

El deambular por las ciudades:

Como, de hecho, vivimos en un mundo de ciudades, muchos escritores hacen vagar por las suyas y las extranjeras a sus personajes.

El protagonista de “El hombre sentimental” dice que Madrid, la ciudad donde ha transcurrido parte de la infancia y adolescencia, le parece solitaria y triste como pocas. “Más que las ciudades inglesas, a las que juzga las peores del globo por hostiles. Más que las de Alemania del Este, donde hasta ir silbando por las calles produce el efecto de un cataclismo, más que las suizas que no dicen nada. Madrid parece apresurarse por decirlo todo, no hay nada librado a la imaginación. Es rústica y dicharachera. Es una ciudad sin enigmas para el visitante. Una ciudad que es desconocida y desconocedora. Todo nos ignora.”

A él le gusta, por lo contrario, indagar cómo transcurre la vida en las ciudades por las que transita: entrar en los locales públicos, escuchar una lengua que conoce a medias o aunque no la conozca en absoluto, mirar la distribución de los tipos gráficos que predominan en las tiendas, leerlos aunque tampoco entienda nada. Lo que precisamente extraña el hombre sentimental, acordemos llamarlo así ya que su personaje no tiene nombre, que es cantante de ópera y por eso peregrina de ciudad en ciudad, es sentirse

² Vázquez Montalbán, texto sobre “Penadès, 25 años de pintura”, www.vespito.net/mvm/penades/html

³ Atiq Rahimi, “Tierra y cenizas”, Ed. Océano, 2003.

ajeno a lo cotidiano: tan sólo cuando va a los ensayos con sus partituras es el único momento en el que se siente no extranjero.

Enrique Vila- Matas, en tanto, nos ofrece un relato entre conmovedor y gracioso de su propio peregrinar por las calles de París en “París no se acaba nunca”. Recuerda cómo, mapa en mano, avanza hasta encontrar la calle Amyor Nº8, para él muy significativa porque allí, desde un balcón de la quinta planta, se había arrojado de espaldas al vacío Jean Hébuterne, amada de Modigliani, después que éste muere, embarazada de 9 meses de su segundo hijo, y acosada por incomprensiones familiares. Llega al fin Enrique Vila Matas al lugar, observando que no hay ninguna placa ni señal de esa terrible tragedia.

Comenta además que en otra oportunidad, el escritor Blas Echenique había alquilado un departamento en esa misma calle y había invitado a otros escritores, entre ellos Augusto Monterroso, y que éste afirmaba que le había sido sencillo encontrar la calle: “Se toma el metro hasta la estación Monge del metro y después, como puede, pregunta uno por la rue Amyor.”

En “París no se acaba nunca”, el escritor tan proclive a mezclar ficción con realidad, explorando el abismo entre ambas; (una de sus novelas lleva por título, precisamente, “Exploradores del abismo”) cuenta su fervor por París que lo llevó en los años 70 a instalarse en una bohardilla que le alquilaba Marguerite Durás. Su afán era emular a su ídolo Hemingway, pero al contrario del escritor que aseguraba haber sido “Muy pobre y muy feliz” en París, Vila- Matas se siente “muy pobre y muy infeliz”, y trata de encarnar la desesperación que supone debe ser la imagen de todo aquél que quiera convertirse en un escritor cabal. Finge ese estado de ánimo, usa unas gafas extravagantes y fuma en pipa mientras trata de escribir su primera obra, a la que titulará “La asesina ilustrada”, una novela que deglutirá a sus propios lectores.

Volvemos a Oxford, por cuyas calles también penara el protagonista de “Juventud” de J.M. Coetzee, y al protagonista de “Todas las almas” de Javier Marías. El comenta que en su deambular se encontraba “una y otra vez con las mismas caras esquinadas” y observa que “sobre todo en el verano, la ciudad ve incrementada su población mendicante ya abarrotada de ellos en cualquier época. No son mendigos como los habituales, que guardan conciencia de que por mucho que les sea debido el dinero, lo están pidiendo. Estos son hoscos, fieros y enormemente borrachos. Son mendigos con “recorridos desnortados”. No piden, nó al menos con la imperiosidad con que lo hacen, por ejemplo, los que observa Quinn, el protagonista de “La ciudad de cristal” de Paul Auster, transitando por Nueva York:” Hoy, como nunca antes, pude ver a los vagabundos,

los desarrapados, las mujeres con bolsas, los marginados y los borrachos. Van desde los simples menesterosos hasta los absolutamente miserables. Algunos mendigan con una apariencia de orgullo. Dame ese dinero parecen decir y pronto volveré a estar entre vosotros, yendo y viniendo en mi rutina cotidiana.”⁴

Tal vez el hecho de que viva solo haga que el protagonista de “Todas las almas” repare en detalles maquinales. Observa, por ejemplo, detenidamente, el cubo de la basura donde va arrojando los deshechos domésticos diarios. “Cada trayectoria se compone también de nuestras pérdidas y de nuestros desperdicios, de nuestras omisiones y nuestros deseos incumplidos, de lo que una vez dejamos de lado o no elegimos o no alcanzamos”, reflexiona.

Diferentes de las trayectorias mencionadas al comienzo, estas son, a mi parecer, una réplica en pequeño del gran cubo de deshechos humanos que es la ciudad transitada por mendigos, los descartados de la sociedad. De alguna manera, los ciudadanos que aún nos mantenemos a salvaguarda de la marginalidad social, no hemos conocido el pasado, quizá próspero, de muchas almas que vagan por las calles. Asemejarse a los mendigos: ese es el miedo que nos sobrecoge, es el augurio no admitido.

“*Mayor culpa menor vergüenza lava*”, dice Dante Alighieri en el Canto XXX de su Divina Comedia Y este verso parece poder explicar la razón de que haya tanta vergüenza desplegándose ante nuestros ojos, que la saturación al fin produzca el desvío de la mirada, pero no por haberse acorazado la mente, sino porque la experiencia que hemos acumulado *simula* eximirnos de hacernos cargo.

Los sueños

Existe un “*Obstinado detenimiento del tiempo en los sueños*” dice Javier Marías a través de su personaje de “El hombre sentimental”. Este, aparte de ser cantante de Opera, escribe “desde sus sueños”: “Lo único que puedo añadir en mi descargo es que escribo *desde esa forma de duración*, ese lugar de mi eternidad que me ha elegido”. Narra, entonces un sueño actual que lo ha remitido a lo vivido hace cuatro años en uno de sus itinerarios como cantante. Sueña en etapas sucesivas lo ya vivido. Un tiempo pasado en el que amó, padeció abandono, aparentó otras vidas. Un tiempo durante el cual sufrió y soñó, casi siempre en soledad.

⁴ Paul Auster, “La ciudad de cristal”, Anagrama, 1985.

El más decisivo de los sueños, puede que sea la muerte. “Dotada de espacio y tiempo, la muerte viene a ser como la vida: una dimensión donde se sufre física, moral y emocionalmente” .

“Cien años de Soledad”, de García Márquez, narra la historia de Macondo y de sus habitantes. Algunos , después de muertos, siguen poblando la casa de los Buendía: Prudencio Aguilar, quien ya muerto envejece, o José Arcadio Buendía que en igual estado duerme y sueña.

Las travesías de las carabelas de las que hablaba José Enrique Rodó, yendo y viniendo nos guían también a través de los hilos invisibles de los textos. Lorca habla del *visitante del tiempo portador del herbario de los sueños* ⁵, o antes, las Coplas de Jorge Manrique recuerdan al alma dormida “*cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte tan callando*”. Ursula en “Cien Años”, puede confirmar la reiteración de un círculo: conquista, civilización, sueño del descubrimiento, vida, muerte.

Otros hilos invisibles

La frase del título de otra novela de Javier Marías, “Mañana en la batalla piensa en mí” reaparece a lo largo del relato, reflejando los conflictos de los personajes, a veces acotada o completa: “Mañana en la batalla piensa en mí”, “*Mañana en la batalla piensa en mí , y caiga tu espada sin filo*”, “*desespera y muere*” .

Es efectivamente una batalla la que libra Víctor Francés, el protagonista, cuando en un primer encuentro amoroso con Marta Téllez, ésta muere súbitamente: “*Es insostenible tu amor reclinado para siempre entre los muertos*”, diría el poeta Robert Browning, dejándole un legado que lo haré relacionarse con los deudos de Marta.

Otra frase frecuentemente repetida en la novela “Nadie debe verla en medio de su desolación y su abatimiento” se distribuye en una piadosa ductilidad, siendo mencionada por la misma Marta en su agonía, cuando la evoca Víctor Francés, o al expresar el dolor atónito de sus parientes.

La del título, que al comienzo sólo aparece en el subconsciente del protagonista, como un recuerdo literario (pertenece a “Ricardo III de Shakespeare), relacionada con los aviones móviles que adornan el techo del cuarto del pequeño Eugenio, el niño de Marta, va a reaparecer cada tanto : “*Mañana en la batalla piensa en mí, y caiga tu espada sin filo. Mañana en la batalla caiga tu espada sin filo, caiga herrumbrosa tu lanza. Pese yo*

⁵ García Lorca, Federico, “El herbario de los sueños”, en “Romancero Gitano”, 1988.

sobre tu alma, sea yo plomo en el interior de tu pecho y acaben tus días en sangrienta batalla. Desespera y muere.”

El espacio y el tiempo

Al interrogante de Phillip Dick “¿Hubo una vez un tiempo real y, por lo mismo, un mundo igualmente real, y hay ahora un tiempo fingido, como una especie de burbuja que crece y se ve diferente, pero que en realidad está estática?”

Paul Virilio, autor que en su obra “Estética de la desaparición” se ocupa del fenómeno de la velocidad y crisis en el tiempo y en el espacio, y dice que ésta se ha convertido en clave para comprender la experiencia a la que está sometido el hombre actual: una **no validez** del tiempo.

Hay un pasaje de “Parsifal”, de Wagner, que por otra parte, es el autor al que el protagonista de “El hombre sentimental” asume que nunca podrá cantar, en el que Parsifal le confiesa a Gurnemanz que se encuentra en medio de una total confusión, porque siente que apenas ha caminado y sin embargo le parece hallarse lejos, a lo que Gurnemanz le responde que en el paraje donde se encuentran, el espacio nace del tiempo. A siglos de lo que dirimen estos personajes, Jaime Rosales, al explicar la moderna técnica usada en su reciente film “La Soledad” parece esclarecer esa confusión de Parsifal al postular: “Si la simultaneidad de espacio en un mismo tiempo produce una comprensión del tiempo, dos cosas ocurren en un mismo tiempo, la simultaneidad de tiempos en un mismo espacio produce una dilación de ese tiempo, al ocurrir una misma cosa en dos espacios.”

Los hijos, de alguna manera, convalidan el tiempo. El protagonista de “Todas las almas” acaba de ser padre y aún no comprende “esa atribución del tiempo que es la figura paterna”. Es tan reciente su paternidad que por un breve lapso ha olvidado a su hijo. Piensa con horror en cómo pudo haber olvidado su nombre, su breve pasado al que tiene la responsabilidad de asistir.” Los padres, según Macedonio Fernández, son los dioses humanos de nuestro pasado”⁶.

El olvido genera rencor, dice, y el rencor espanto y piensa que su hijo lo olvidará a él “ *porque no lo ha conocido ni en su infancia ni en su juventud*”.

En “Hijos sin hijos”, Vila- Matas invoca a uno de sus escritores inspiradores, Franz Kafka, aclarando que el libro se compone de 41 pasajes, tantos como los que vivió

⁶ Macedonio Fernández, “Papeles de Recienvenido”, Centro Editor de América Latina, 1966

el escritor checo, *“el hijo sin hijos por excelencia”*, Aunque reniega de su filiación kafkiana, invita a que el lector juegue a descubrir las citas que lo refieren, sin que la incapacidad para reconocerlas lo inhiba o disminuya.

Una de esas citas, sin duda, aparece en la voz del personaje femenino del cuento *“Mirando al mar y otros temas”*: “ Me he preguntado si el tiempo, más que una línea, no será un ovillo en el que todo retorna”

Esa invitación al lector es la manera de convocarlo a su caravana de fantasmas, de seres que invaden sus libros, es una manera de incorporar a lectores y escritores a participar de su propia identidad, pese que a veces se lamenta de que *“somos demasiado parecidos a nosotros mismos”*. Un desafío para exorcizar una frase que él mismo ha descubierto como de Macedonio Fernández: *“Ningún hombre sabe quién es, ningún hombre es alguien”*.

Lo que ocurre, puede tener que ver con la Historia. Esos *“hijos sin hijos”* representan esa agonía de la existencia que tiene por escenario los sitios que habitamos. Por eso, Vila-Matas inscribe la tragedia de sus personajes con el fondo de los personajes de la Historia de España: *“una historia en la que este país aparece más bien como tierra baldía y desheredada, sin demasiado futuro, casi yerma, muerta para la gracia de la vida”*. Y, al mencionar a Wells al final, la sombra se proyecta en el resto del mundo.

“La piedra es una espalda para llevar al tiempo” dice García Lorca en su sentidísimo canto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejía. El incierto presente en el que los personajes vagan por las calles, el oscuro porvenir, el abismo por el que cruza el equilibrista de Vila Matas, asomándose al tiempo girando sobre sí mismo para observar qué ha dejado atrás es el tiempo no devenido de Jorge Manrique, es la visión a la que Javier Marías nombra como *“ la negra espalda del tiempo”* “Mi conciencia, dice el narrador testigo de la muerte de Marta, atiende a lo que ocurre y a lo que no ocurre, a los hechos y a lo malogrado, a lo irreversible y a lo incumplido, a lo elegido y a lo descartado, a lo que retorna y a lo que se pierde, como si todo fuera lo mismo: el error, el esfuerzo, el escrúpulo, *la negra espalda del tiempo*.”

Todas estas incertidumbres quedan grabadas en la cinta del contestador que él se lleva consigo cuando se va de la casa de Marta, después que ella muere. *“¿Cuántas otras llamadas habrás hecho a lo largo de tu vida ya entera?”* se pregunta, “. No lo sabré nunca. Aunque haré memoria, en el revés del tiempo por el que ya transitas.”